

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

A lo largo del tiempo ha habido grandes inventores, científicos y descubridores que han encontrado la solución de grandes problemas de la vida. Sin embargo, nadie conoce a la primera persona que comenzó a utilizar el fuego. El fuego... Desde su aparición permitió al ser humano calentarse durante el frío invierno, asar alimentos o defenderse, entre otras muchas aplicaciones. Es tan necesario y a la vez tan destructor, pues miles de bosques son arrasados en todo el mundo a causa de éste. Pero muchas veces es el hombre quien origina el daño en estos lugares: provocando incendios de forma intencionada o, simplemente, creyéndose capaz de dominar la naturaleza.

- ¡Otro suspenso! ¡Ya estamos hartos!

- He hecho lo que he podido...

- ¡Mentira!! No has dado un palo al agua en todo el trimestre!

- ¡Nunca serás nadie en la vida!

Santi vivía en Toén, un pequeño pueblo gallego situado a siete kilómetros de Orense.

Trece años, piel pálida, pelo corto y moreno, no muy alto para su edad. Sus compañeros de clase se reían de él por su rocambolesco aspecto: gafas de gruesos cristales, jersey anticuado y pantalones dos tallas menos a la correspondiente; por ser demasiado flacucho y débil y, en fin, de todo lo que podían. El muchacho era tímido y nunca se mostraba seguro de sí mismo.

Acababa de aparecer en casa con otro insuficiente más, esta vez en Matemáticas. Sabía que si estudiara otro gallo le cantarían, pero seguía a rajatabla la ley del mínimo esfuerzo.

Estaba cansado de las notas, del colegio, de la gente, de la vida. Escuchó el cargante y aburrido sermón de sus padres sin inmutarse, ya que su mente se encontraba muy lejos de aquel sitio.

Eran las cuatro de la tarde. El chico cogió su anorak y se marchó al único lugar en el que sentía a gusto: el bosque. Le encantaba pasar horas y horas solo, oyendo el borboteo del agua de un riachuelo cercano, las hojas de los árboles meciéndose al compás de una suave brisa, el alegre cantar de los pájaros y el continuo revoloteo de insectos. Al llegar

se sentó junto al viejo roble, como hacía siempre. La naturaleza era para Santi un regalo

del Creador, admiraba cada detalle de belleza que ésta le mostraba: desde una flor silvestre hasta la grandiosa ave que surca los aires. Era precioso contemplar a las ardillas trepando ágilmente por los pinos, el conejo alimentando a sus crías, las setas protegiéndose de la lluvia con su sombrilla, la mariposa luciendo su nuevo traje, el astuto zorro escondiéndose tras los arbustos a la espera de su presa, el escarabajo caminando con dificultad por la tierra húmeda, el búho ululando a la luz de la luna, el majestuoso ciervo paseándose con elegancia, la culebra arrastrándose por el barrizal-

¡Qué explosión de olores, colores, melodías, sensaciones y vida! El chico se tumbó y se

Quedó dormido.

Al despertar, la sangre se le heló, al grabarse en su mirada el reflejo rojizo del fuego.

La muerte, ocultándose detrás de un árbol, le sonreía maliciosamente con una botella de vidrio entre sus dedos. Pensó que estaba soñando; no podía ser cierto lo que estaba viendo. Cerró los ojos, tratando mantener la calma- Al abrirlos comprobó que la pesadilla era real.

A unos doscientos metros de él se apreciaban las llamas. La abundante vegetación ardía al paso de éstas, mientras que los animales corrían confusos, intentando refugiarse. El sofocante calor estaba cada vez más cerca, era cada vez más intenso...

Santi se levantó sobresaltado de la cama del hospital a la mañana siguiente. Sus padres que habían estado con él durante toda la noche le explicaron lo sucedido: había inhalado una gran cantidad de humo y como consecuencia de ello perdió el conocimiento. Por fortuna, un agricultor de la zona lo vio por casualidad y lo rescató.

La puesta de sol cayó sobre el bosque. Los bomberos y voluntarios, con la ayuda de gente del pueblo, seguían colaborando para sofocar el incendio. Los helicópteros sobrevolaban incansablemente el monte. La situación era muy grave, ya que el viento había extendido el fuego por las regiones de los alrededores.

Milagrosamente, no paró de llover al día siguiente, como si el cielo llorara por tal catástrofe, factor que contribuyó a la extinción de las llamas. Santi observó con tristeza desde su ventana el lugar que tanto amaba. Quién diría que sería él mismo el que acabaría definitivamente con el bosque.

El despertador de Santiago Losada sonó a las ocho y media de la mañana en el día de su trigésimo noveno cumpleaños. Estaba al mando de una de las empresas inmobiliarias más importantes del país. Poco quedaba ya de aquel chico reservado y perezoso, amante de la naturaleza, que fue en el pasado. Miró satisfecho el cartel que había añ frente de la inmensa arboleda, en el cual se leía: “Próxima construcción de mil quinientas viviendas”.

Jose Ignacio Martínez Montoro

Colegio Santa María de la Capilla

4º Eso - JAÉN